

Capítulo



LAS 21.46. CASI LA HORA.

La pantalla irradiaba un halo fantasmal que teñía de azul la oscura habitación. Seth Mackey miró el reloj y tamborileó con los dedos en la mesa. Ella nunca cambiaba de horario. Tenía que llegar a casa en cualquier momento.

Él tenía cosas más importantes que hacer. Aún debía repasar cientos de horas de vídeo y audio, y aunque los procesadores de señales digitales de Kearn eran muy rápidos, se tardaba mucho en hacerlo. Debería estar vigilando las pantallas, o al menos controlando los otros puntos de vigilancia. Cualquier cosa menos esta pérdida de tiempo.

Sin embargo, seguía mirando el monitor, tratando de ignorar la cálida excitación de su cuerpo. Los cientos de horas de vídeo que tenía archivados, protagonizados por ella, no le interesaban. La necesitaba viva, en carne y hueso y en tiempo real.

Como un drogadicto, necesitaba su dosis.

Lanzó una maldición ante el pensamiento que se le pasó por la cabeza, negándolo. No necesitaba nada, ya no. Desde la muerte de Jesse se había reinventado a sí mismo. Era tan frío y despegado como un iceberg. Su ritmo cardíaco no cam-

biaba, nunca le sudaban las palmas de las manos. Tenía muy clara su meta, que brillaba en su interior como una estrella que le marcará el camino. El plan para destruir a Víctor Lazar y a Kurt Novak era lo único en lo que Seth había pensado durante los diez meses transcurridos desde el asesinato de su hermano Jesse. Durante ese tiempo no tuvo otro objetivo. Pero todo había cambiado tres semanas antes.

La mujer que estaba a punto de entrar en la habitación que se veía en la pantalla se había convertido en su segunda prioridad.

La cámara del garaje cobró vida. Trató de ignorar la forma en que se aceleró su ritmo cardíaco y miró el reloj. Las 21.51. Ella había estado en la oficina desde las siete de la mañana. La había observado también en las cámaras instaladas en la oficina de Lazar Importaciones & Exportaciones, por supuesto, pero no era lo mismo. Le gustaba tenerla sólo para él.

El coche entró, se apagaron los faros. Ella se quedó dentro tanto tiempo que la cámara dejó de funcionar y la pantalla se oscureció de nuevo. Seth maldijo entre dientes y recordó que debía reprogramar el tiempo de desconexión, aumentándolo de tres a diez minutos. Pulsó unas teclas. Volvió a aparecer la imagen de ella, con un sobrenatural fulgor verde. Se quedó sentada dos minutos más, mirando sin observar nada en especial en el oscuro garaje, hasta que por fin salió.

Las dos cámaras del interior se conectaron automática y obedientemente cuando abrió la puerta y se dirigió a la cocina. Se sirvió un vaso de agua, se quitó las gafas de montura de concha y se frotó los ojos, apoyándose en el fregadero, cansada. Echó hacia atrás la cabeza para beber, mostrando su blanco, largo y suave cuello.

Seguramente se ponía las gafas para endurecer los rasgos de su rostro. Pero no daba resultado. La cámara que él había escondido en el reloj de la cocina enmarcaba su pálido rostro, su barbilla obstinada, sus ojeras.

Le enfocó los ojos. Las cejas arqueadas y las pestañas rizadas, exageradamente oscuras, resaltaban en la blanca piel. Habría pensado que se teñía si no supiera de sobra que sus

rizos rubios eran naturales. Ella cerró los ojos. El movimiento de sus pestañas proyectaba una sombra sobre la delicada curva de las mejillas. Se le había corrido el maquillaje. Se notaba a la legua que estaba agotada.

Ser el nuevo juguete sexual de Lazar debía de ser muy cansado, y Seth se preguntó cómo una mujer como ella se podía liar con ese hombre. ¿Se libraría de él algún día? La mayoría de las personas que se relacionaban con Lazar acababan dándose cuenta de que habían cometido un error. Pero cuando eso sucedía ya era demasiado tarde.

No había ninguna razón objetiva para que continuara vigilándola. Hacía un mes que Lazar Importaciones & Exportaciones la había contratado como ayudante ejecutiva, y jamás se habría preocupado por ella de no ser porque vivía en la casa de la ex amante de Lazar, quien iba muy a menudo por allí. Por eso llevaba meses vigilando la casa.

Pero Lazar no visitaba a la rubia, o al menos no lo había hecho todavía. Ella venía directamente a casa desde la oficina todas las noches. Sólo hacía un alto para comprar comida o recoger la ropa de la lavandería. El localizador que había instalado en su coche confirmaba que nunca cambiaba de ruta. Las llamadas semanales a su madre sólo revelaban que la buena mujer no conocía el último cambio de trabajo de su hija, cosa natural, por otra parte. Era lógico que no quisiera que su familia se enterara de que era la amante de un criminal asquerosamente rico. No conocía a nadie en Seattle, no iba a ninguna parte, no tenía vida social.

Más o menos como él.

Sus ojos grandes y atormentados eran de color gris ploteado, con un anillo azul en torno al iris. Estudió la imagen ampliada, desasosegado. Era... dulce. Ésa fue la palabra que le vino a la mente, aunque enseguida la desechó. Nunca había sentido escrúpulos por espiar a la gente. Cuando era un chico que leía cómics, escogió a su superhéroe favorito por los poderes que tenía: la visión de rayos X. Era el don perfecto para un paranoico como él. Saber significaba poder, y el poder era bueno.

Se ganaba muy bien la vida basándose en esa filosofía. Jesse solía tomarle el pelo, con bromas sobre poderes y superhéroes.

Desechó rápidamente ese pensamiento.

Tenía que mantener la frialdad. Como Ciborg, el personaje mutante, mitad hombre mitad máquina, de los tebeos. Siempre le habían gustado esos tipos de los cómics clásicos. Todos eran atormentados, implacables, duros. Les comprendía.

Había vigilado a Montserrat, la amante anterior de Lazar, con gélida indiferencia. Verla retorcerse en la cama con el hombre le dejaba impasible, incluso le producía un poco de repulsión. No se había sentido culpable ni una sola vez.

Pero Montserrat era una profesional. Lo notaba en su lenguaje corporal, sinuoso y calculado. Llevaba una máscara todo el tiempo, cuando se acostaba con Lazar e incluso cuando estaba sola.

La rubia no tenía máscara. Era completamente abierta, indefensa y suave, como la mantequilla, como la seda.

Eso le hacía sentirse mal por espiarla. Era una sensación nueva para él, nunca le había pasado nada igual. Era un infierno, cuanto peor se sentía, más difícil le resultaba detenerse. Deseaba sacudirse la fastidiosa sensación de que ella necesitaba que la rescatasen. Él no era ningún caballero, y además tenía que vengar a Jesse. Ya era suficiente responsabilidad.

Ojalá no fuera tan endiabladamente hermosa. Resultaba perturbador.

Probablemente padecía un problema psicológico, una fijación: estaba proyectando en ella sus fantasías infantiles, porque parecía una princesa de cuento de hadas. Había leído demasiados tebeos cuando era niño. Estaba estresado, deprimido, obsesionado, tenía una percepción alterada de la realidad... Y el estupendo cuerpo de esa mujer había alterado aún más la realidad, hasta hacerla irreconocible. Había hecho renacer su adormecida libido.

Se dirigió con gesto cansado hasta la pantalla de la cámara de color, camuflada en la filigrana de ébano de una lámpara del dormitorio. La lámpara se la había dejado Montserrat, que

se fue tan repentinamente que ni siquiera se había llevado los objetos personales con los que había contribuido a la decoración de la casa. La rubia no había llevado nada propio, ni se había interesado en alterar lo que ya estaba puesto, lo cual era bueno. La cámara de la lámpara proporcionaba una excelente vista del espejo del armario, un detalle que le encantaba. Aumentó la imagen hasta que llenó toda la pantalla. Ignoró el leve sentimiento de culpa que empezaba a sufrir. Ésta era su parte favorita y no iba a perdersela por nada del mundo.

La mujer se quitó la chaqueta y colgó la falda en la percha. Gracias a la formidable resolución de las cámaras en color Colbit de última generación, Seth podía diferenciar cada matiz del color de su perfecta piel, con suaves tonos crema, rosa y rojo. Merecía la pena la inversión en esa cámara. Al colgar el traje, la blusa se le levantó, mostrando unas bragas de algodón que se ceñían sensualmente a su redondeado trasero. El espía conocía esta rutina como si fueran los créditos de un antiguo programa de televisión, y aun así saboreaba cada detalle. Su naturalidad le fascinaba. La mayoría de las mujeres guapas que conocía siempre parecían posar ante una cámara imaginaria. Se miraban en cada espejo, cada luna, cada escaparate, para asegurarse de que todavía eran hermosas. Esta chica de ojos soñadores no parecía pensar en eso. Todo era natural en ella.

Se quitó las medias, las tiró a un rincón y comenzó su torpe e inocente *striptease* nocturno, cuyo primer paso consistía en desabrocharse la blusa. Esta vez lo hizo con tanta lentitud que Seth estuvo a punto de gritarle que acabara de una puñetera vez. Por fin terminó con el último botón, sin dejar de mirar al espejo como si en él no apareciera ella, sino una realidad distinta, quizás un sueño.

Se le escapó un silbido cuando finalmente la chica se quitó la blusa. Sus grandes senos estaban severamente reprimidos por un sujetador blanco. No era una prenda sexy, un juguete de hombre rico. Los tirantes eran sencillos y anchos y prácticamente carecía de adornos. Pero para el mirón, el mí-

nimo escote que dibujaba era la cosa más excitante que había visto en su vida.

Olió delicadamente las sisas de la blusa, lo que hizo que la boca de Seth se curvara en una triste sonrisa. Era difícil imaginar a ese cuerpo gracioso y blanco como el mármol sudando realmente, aunque estaba seguro de que él podría conseguir que lo hiciera a mares. Rompería a sudar cuando estuviera tumbada, desnuda bajo su cuerpo palpitante, con las caderas sacudiéndose ávidamente hacia arriba en busca de sus acometidas. O cuando se hallara a horcajadas sobre él, las tetas grandes y suaves llenando sus manos mientras entraba en ella. Haría que esa piel de marfil se transformara en un volcán, que los rizos enmarañados se le pegaran a las mejillas, a la garganta. Conseguiría que cada centímetro del cuerpo de esa mujer acabara empapado de sudor.

Tuvo que acomodarse los genitales en los vaqueros, y se pasó la mano por la ardiente cara, con un gemido. Lo único que podría conseguir con los juguetes de Lazar era una erección. ¡Era patético! Estaba actuando como un estúpido y tenía que parar. Pero no podía, porque llegaba el momento del pelo. Dios... Le encantaba esa parte, cuando ella dejaba las horquillas una a una en la bandeja de porcelana que había sobre el tocador y deshacía la gruesa trenza dorada del moño que llevaba en la nuca.

Otra vez lo hizo. Se soltó la trenza hasta que el pelo ondeó sobre su cintura, deshaciéndose en brillantes mechones que rozaban suavemente la curva redonda de su trasero. Suspiró y lanzó un gemido, bajo pero audible, cuando estiró los brazos hacia atrás para desabrocharse el sujetador. Seth se estremeció mientras miraba sus senos grandes, deliciosos, coronados con unos pezones de color rosa pálido. Los imaginaba tensos, excitados y duros, en contacto con sus dedos, contra la palma de sus manos, contra su cara. Se imaginaba besándolos, chupándolos, con su boca anhelante.

El corazón le latió con más fuerza cuando la mujer comenzó a quitarse las bragas, curvando los hombros y el cuello,

arqueando la espalda, gozando de la libertad sensual de estar desnuda y sola. Sin máscara. Pura mantequilla y seda.

Los rizos rubios de su pubis no ocultaban totalmente la sombreada hendidura entre sus bien formados muslos. Deseó apretar su cara contra esos rizos, aspirar su tibio aroma de mujer, y después saborearla, separando los suaves pliegues rosados de su sexo, lamiendo hasta que ella se desmayara de placer. El vídeo y el audio no eran suficientes. Faltaban texturas, olores, sabores. Estaba hambriento de ello.

Y entonces hizo el gesto que siempre le perdía. Con un gesto ágil se echó la melena por encima de la cabeza, doblando la espalda y pasando los dedos entre la masa ondulante. La posición de la cámara y el espejo le garantizaban una visión privilegiada de sus muslos, suaves y redondeados, de los glúteos tersos, de la atractiva división entre ellos.

Pensó que el espectáculo era digno de despertar a los muertos.

Y una puñalada de dolor le devolvió a la realidad... Jesse.

Se apartó del monitor y se obligó a sí mismo a respirar hondo para combatir el dolor que le quemaba. «No te hundas», pensó. No podía permitir que la pena destruyera sus ansias de venganza. Por el contrario, la usaría como estímulo para afianzar su decisión. Ese dolor tenía que convertirle en una máquina dedicada a un solo propósito. Desvió los ojos; su castigo consistiría en perderse el resto del *show* del estiramiento. Se había vuelto un experto en ahogar los pensamientos y recuerdos dolorosos antes de que pudieran clavarle los colmillos; pero la rubia enviaba toda su concentración al diablo. Se impuso un ejercicio mental, recordar el gran objetivo de su vida: vigilar al bastardo traidor de Lazar hasta que se pusiera en contacto con Novak. Y entonces se abriría la veda, sería la revancha.

Cuando se autorizó a sí mismo a mirar otra vez a la pantalla, la rubia se había puesto un chándal y estaba navegando en su ordenador. Seth activó la antena que había instalado para captar la frecuencia de cualquier aparato que se encendiera en aquella casa, le aplicó el programa que descifraba y recons-

truía lo que había en la pantalla y leyó el email. Era para Juan Carlos, en Barcelona. La joven se comunicaba por Internet en media docena de idiomas. El mensaje estaba en español, idioma que él entendía porque había crecido en los guetos hispanos de Los Ángeles. Era bastante inocuo:

«¿Cómo estás? Estoy trabajando muchísimo. ¿Cómo está el bebé de Marcela y Franco? ¿Salió bien la entrevista de trabajo en Madrid?».

Se preguntó qué relación tendría Juan Carlos con ella. Quizá fuera un antiguo amante. Parecía escribirle mucho.

Estaba pensando que debería investigar los antecedentes de ese tipo cuando sintió una ráfaga fría en el cuello. Empuñó el revólver que tenía sobre el escritorio y se dio la vuelta.

Era Connor McCloud, colega de conspiraciones y un auténtico dolor de muelas. Había sido el mejor amigo de Jesse. Trabajaba con él en «la cueva», así llamaba su hermano al departamento de investigaciones confidenciales del FBI. Con razón no había sonado la alarma. Le había hecho un puente el muy cabrón. El tipo se movía como un fantasma, a pesar de su cojera y su bastón.

Seth bajó la pistola, resoplando de alivio.

—No te me acerques así, McCloud. He podido matarte.

Los penetrantes ojos verdes de Connor barrieron la habitación, tomando nota de cada detalle.

—Bueno, hombre. Relájate. Te he traído café, pero creo que quizá no deberías tomártelo.

Seth vio, por un momento, la sórdida habitación a través de los ojos de Connor, el amasijo de botellas de cerveza y recipientes de comida a domicilio desparramados por encima de polvorientas marañas de cables y equipo electrónico. El suelo estaba cada día más sucio y el lugar olía cada vez peor.

¿Pero qué coño le importaba? Era sólo una base de operaciones. Cogió el vaso de café, le quitó la tapa y bebió un sorbo.

—De nada —murmuró Connor con una mueca—. La próxima vez te traeré manzanilla. Y una aspirina.

—¿Estás seguro de que no te ha seguido nadie? —preguntó Seth.

Connor se sentó y escudriñó en el monitor, sin dignarse contestar.

—Mira, parece la casa de Barbie —comentó—. ¿Cuánto apuestas a que es rubia natural?

—¿Qué demonios te importa? —increpó Seth con acritud.

Connor frunció el ceño y una mueca ensombreció su afilado rostro.

—En la cueva nadie sabe nada de ti, Mackey. Y nadie lo sabrá. Pero me importa, porque tus asuntos son mis asuntos.

A Seth no se le ocurrió ninguna respuesta que no fuera ofensiva. Se calló con la esperanza de que el otro se sintiera lo suficientemente incómodo o aburrido como para irse.

Pero no tuvo suerte. Los segundos pasaban. Se volvieron minutos. Connor McCloud le observaba y esperaba pacientemente.

Seth suspiró y se dio por vencido.

—¿Querías algo? —preguntó de mala gana.

Connor puso cara de sorpresa.

—Sólo quiero saber en qué andas metido. Además de hacerte una paja mientras miras a la nueva concubina de Lazar, quiero decir.

—Ahórrate los comentarios impertinentes, McCloud. —Seth pulsó una tecla y esperó a que la impresora sacara el mensaje de Juan Carlos. Alargó la mano para coger el expediente de la joven, pero Connor fue más rápido que él.

—Déjame echarle una ojeada. Lorraine Cameron, ciudadana americana, graduada en Cornell, *summa cum laude*, vaya, vaya, un bombón inteligente. Domina seis idiomas, bla, bla, bla, parece que ha mentido respecto a su experiencia en su solicitud de empleo. Quizá a Lazar no le importó su currículum en cuanto le enseñó las tetas. Por cierto, ¿cómo las tiene?

—Vete a tomar por el culo —gruñó Seth.

—Anímate —replicó Connor—. Bueno, cuando esta chica apareció pensé que quizás te convenía tener algo en qué

pensar, además de Jesse. Pero se te ha ido de las manos. Estás obsesionado.

—Ahórrame la psicología barata, por favor.

—Eres una bomba de relojería. No es que me importe, pero no quiero que nos arrastres a mis hermanos y a mí contigo. —Connor se echó hacia atrás el desgredado pelo rubio oscuro y se frotó la frente, con aire cansado—. Tienes una herida muy profunda, Mackey. Ya lo he visto otras veces. Un tipo adquiere ese aspecto, después la caga y luego muere de mala manera.

Seth puso una expresión de total indiferencia a propósito.

—No te preocupes —dijo entre dientes—. Juro que lo tendré bajo control hasta que saquemos a Novak de su agujero. Después, da igual. Méteme en una celda incomunicada si quieres, ya no me importará una mierda.

Connor parecía afligido.

—Ésa es una actitud muy, muy mala, Mackey.

—He tenido una actitud mala desde el día en que nació. —Seth le arrancó el expediente de la mano a Connor y metió el mensaje de Juan Carlos en él—. No te lo tomes como algo personal. Y no me toques las narices

—No seas animal —repuso Connor—. Me necesitas, y lo sabes. Yo tengo los contactos imprescindibles para hacer este trabajo.

Seth miró con enojo los ojos entornados y fríos de Connor. Quería negarlo, pero era cierto. Tenía el conocimiento tecnológico y el dinero que hacía falta para poner en marcha su campaña privada contra Lazar y Novak; pero Connor, gracias a los años que había pasado en diferentes agencias gubernamentales, contaba con una formidable red local de informantes. El problema estaba en que ambos eran autoritarios y arrogantes, y estaban acostumbrados a mandar, tanto por naturaleza como por costumbre profesional. Se necesitaban, pero formaban una sociedad incómoda.

—Hablando de contactos, hoy he estado en la cueva —contó Connor—. He exagerado mi cojera. Me he comporta-

do como si no supiera qué hacer durante el tiempo de baja. Nadie se atreve a decirme que estorbo, excepto Riggs. Me ha recomendado que me vaya a una playa tropical y que me tome unos martinis mientras disfruto contemplando a las chicas en biquini.

—Le dirías que se fuera a al infierno.

—No. No quiero quemar las naves. Al menos, hasta que este asunto haya acabado.

Seth hurgó en sus recuerdos del funeral de Jesse. Se había quedado a cierta distancia de los asistentes, con una cámara de vídeo escondida en el abrigo, filmando las caras de los colegas de su hermano, y especulando sobre cuál de ellos habría sido el bastardo que lo había vendido. Recordaba a un hombre corpulento y medio calvo que leyó un discurso que habría hecho a Jesse llorar de risa.

—¿Era Riggs el tipo con barriga cervecera y gafas que soltó aquel discurso idiota en el funeral de Jesse?

—Yo estaba en coma entonces, pero el discurso idiota tiene que haber sido de Riggs —contestó Connor, sacando del bolsillo tabaco de liar—. ¿Tienes planeada alguna otra visita clandestina a las oficinas de Lazar? —Buscó el papel de fumar; el brillo esperanzado de sus ojos desmentía el tono casual de su voz.

Seth bufó.

—Te estás divirtiendo con esto, ¿verdad?

—Es una gozada —admitió Connor—. Estrechar el cerco sobre ese tipo con el único objetivo de acabar cortándole la cabeza es incluso más divertido que el sexo. Quizá me equivoqué de profesión. Una vida dedicada al crimen tiene su encanto. Dios, qué subidón.

Seth se encogió de hombros.

—Siento desengañarte, pero esa fase de la operación terminó.

Connor lo miró con incredulidad.

—¿Qué quieres decir? —Esperó una respuesta. Los segundos pasaban—. ¿No dices nada? —Su tono era cada vez más mordaz.

—Voy a ir a la sede de la empresa de Lazar mañana por la mañana —admitió Seth—. Me ha invitado a explicar por qué Diseño de Sistemas de Seguridad Mackey es la solución a todos sus problemas. La versión para su personal es que estoy allí para diseñar un sistema de radiofrecuencia GPS, así que la reunión de mañana es mero teatro. Después, pasado mañana, Lazar y yo nos reuniremos en privado para discutir los detalles de un barrido CMVG completo.

—No me lo digas, déjame adivinar. CMVG significa... vigilancia técnica...

—Contramedidas de vigilancia técnica —remachó Seth impaciente—. Depuración, para entendernos.

Connor sacó una pizca de tabaco, con cara inexpresiva.

—Fue un golpe de suerte que te llamara a ti, ¿eh?

—No es suerte —dijo Seth—. Se llama planificación. Hay muchas personas en el medio que me deben favores. Procuré que oyera hablar de mí y de mi empresa cuando empezó a buscar la forma de resolver su problema de seguridad.

—Ya veo. —Connor clavó la vista en el montoncito de tabaco que había puesto en el papel de fumar—. ¿Y cuándo me ibas a mencionar este progreso? —Su voz era suave y fría.

—En cuanto fuera necesario que lo supieras —replicó Seth—. No estarás pensando en fumar eso aquí, supongo.

Connor terminó de liar el cigarrillo con un hábil movimiento de dedos y le miró con el ceño fruncido.

—Está lloviendo afuera.

—Mala suerte —dijo Seth.

Connor suspiró y se metió el cigarrillo en el bolsillo del abrigo.

—Me culpas por la muerte de Jesse, ¿verdad?

Las circunstancias brutales de la muerte de Jesse se interponían entre ambos, pesadas y frías. Algún elemento de la cueva había dado el soplo a Lazar sobre la investigación que su hermano llevaba a cabo, y Seth se proponía encontrar al traidor. Pero esa persona no era Connor, que no sólo había sido el compañero de Jesse, sino también su mejor amigo.

Connor estuvo a punto de perder la vida en aquella desastrosa operación. Llevaría las cicatrices durante el resto de su vida.

—No te culpo —dijo Seth, sintiéndose repentinamente agotado—. No quiero cometer el error que cometió Jesse.

—¿Cuál?

Seth meneó la cabeza.

—Dejar que demasiada gente conociera sus asuntos. Siempre, desde que era un niño. Nunca pude quitarle esa costumbre.

Connor se quedó callado un buen rato, con la cara sombría.

—No confías en nadie, ¿verdad?

Seth se encogió de hombros.

—Confiaba en Jesse —dijo sencillamente.

Prestaron atención al monitor de nuevo. La rubia estaba en la cocina, contemplando el frigorífico abierto, como si hubiera olvidado completamente lo que iba a hacer. Se sacudió el aturdimiento, sacó algo del congelador y lo metió en el horno.

—Lo encontraremos, Seth —dijo Connor finalmente.

Seth se balanceó en la silla.

—Es mío.

Los ojos de Connor estaban tan llenos de turbios fantasmas como los de Seth.

—Pide número y ponte a la cola, tío. No eres el único a quien le importaba Jesse.

Seth rumiaba planes para ese traidor, y para Novak y Lazar también, planes que no tenían nada que ver con el debido proceso de la ley. Razón por la cual no se preocupaba mucho por la legalidad de su investigación, o más bien, la total falta de ella. Cuando pusiera las manos a Novak y Lazar no necesitaría ninguna ayuda para hacer justicia. Pero eso no le importaba a nadie más que a él.

La voz de Connor interrumpió sus pensamientos.

—Mira. La concubina está haciendo sus ejercicios. Vaya. El tipo tiene buen gusto para las nenas. Ésta tiene pinta de ser más caliente que Montserrat.

Seth miró la pantalla con estudiada indiferencia.

La joven estaba sentada en la alfombra, con las piernas abiertas de manera imposible, con la esbelta espalda muy recta. Echó el pelo hacia atrás y se dobló por la cintura hasta que su pecho tocó el suelo, tan flexible y graciosa como una bailarina.

—No creo que esté jodiendo con él —dijo de repente.

Connor le lanzó una mirada dubitativa.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros, lamentando el impetuoso comentario. Con la mirada aguda y atenta de Connor fija en él, sonaba estúpido e inadecuado.

—Nunca sale. Duerme aquí todas las noches. Va de la oficina a casa y de casa a la oficina. Y él nunca la ha visitado aquí.

Connor se encogió de hombros.

—Es un tipo muy ocupado. Quizá se la tira en su despacho, encima del escritorio.

—No —replicó Seth—. Tengo vigilada la empresa. Ella nunca ha entrado en su despacho.

—¿De verdad? ¿Tan interesados estamos?

—Estoy interesado en todo lo que tenga que ver con Lazar.

—Por supuesto —observó Connor, burlón—. Pero no sé... mira, si le dio la patada a Montserrat por ella, debe de ser muy buena con la boca. Llámame si se la mama. Me apunto a ese episodio.

Seth pulsó una tecla y la rubia desapareció de la pantalla.

Connor movió la cabeza con disgusto. Buscó el cigarrillo en el bolsillo, lo encendió y le dio una calada larga y desafiante.

—Bien —dijo fríamente—. Es toda tuya, Mackey. Parece que la fantasía es lo único que tienes, así que te dejaré vivir tranquilamente sumido en ella.

—Hazlo. —En cuanto la puerta se cerró, Seth restituyó la imagen.

La rubia estaba curvando la columna con gracia felina, con el pelo cayéndole voluptuosamente por la cara. Después

hizo el proceso inverso, en un movimiento ondulante, hasta que la espalda estuvo combada, con el trasero levantado. Luego todo fue armonioso: curvar, arquear, curvar, arquear, en un ritmo lento y vibrante que le hizo sentirse mareado y enfebrecido.

Le alegraba que Lazar no la hubiera visitado. Ver a ese bastardo gruñendo y sudando encima de su rubia de ojos suaves y soñadores no sería agradable. Le echaría a perder el día.

Maldijo la pantalla, incapaz de dejar de mirarla. Aquel espectáculo le revivía, y le gustaba esa sensación, a pesar de que era muy peligrosa porque le hacía vulnerable... Y no podía permitirse el lujo de sentirse vulnerable, porque eso le hacía humano. Por eso tenía la impresión de que traicionaba a Jesse cada momento que pasaba mirándola.

Hacía menos de tres semanas su primer pensamiento cuando se despertaba era cómo destruir a Lazar y a Novak. El peligro no le preocupaba. De todos modos se sentía como una cáscara vacía. No había nada en él, excepto una abrasadora e interminable sed de venganza. Hank se había ido hacía cinco años, y ahora Jesse. Ya no quedaba nadie para llorarle. Ni nadie que le necesitara. No le parecía una perspectiva tan mala irse con ellos.

Pero desde que había aparecido la rubia se había dado cuenta de que en realidad había un par de cosas más que no le importaría hacer antes de dejar este mundo. Como averiguar si ella era como imaginaba, por ejemplo.

La fantasía le sorprendió de repente, como una tormenta: ella desnuda, de rodillas, las manos de él sepultadas en su pelo, guiándola mientras su miembro hinchado se deslizaba entre sus labios sensuales, rosados, estimulantes. Sería tan dulce.

En ese momento estaba haciendo una flexión de espalda, con el cuerpo tenso como un arco, vibrando por el esfuerzo. Llevaba el pelo recogido, brillante, luminoso. El suéter se le había subido, enredándose en sus pechos y dejando ver la suave curva del vientre, que tenía un aspecto aterciopelado y vulnerable, suavizado por una pelusa rubia, blanquecina,

apenas perceptible. Seth deseó pasar la cara por él, restregar sus mejillas contra esa superficie cálida, suave y fragante, grabar en su memoria el aroma del cuerpo, su perfume. Y al día siguiente iba a la oficina de Lazar. Averiguaría exactamente a qué olía la mujer de sus fantasías.

El subidón de adrenalina que acompañó a ese pensamiento le hizo ascender un escalón más hacia la máxima excitación sexual. Dio un puñetazo en el escritorio; las botellas de cerveza vacías se tambalearon unos segundos y por fin cayeron a la sucia alfombra gris que cubría el suelo.

«Cálmate», se dijo a sí mismo. «Concéntrate». Al día siguiente se lo jugaba todo. No podía fallar. Debía atraer a Lazar hacia la red que había tardado tantos meses en tejer. Esa noche lo más importante era prepararse. Debía apartar a esa rubia atormentadora de su existencia y ponerse a trabajar. Aún tenía que procesar el material que habían acumulado ese día las cámaras colocadas en la empresa de Lazar. Le iba a ocupar la mayor parte de la noche repasar las cintas, y era hora de empezar. Ahora. En ese momento.

Lo intentó, pero su dedo no quería apretar el botón del ratón. La serie de ejercicios fue larga y lenta, pero Seth no se aburrió.